

NÚMERO 2 · AGOSTO 2026

REVISTAPATRIMONIO.COM

PATRIMONIO

CULTURAL

Conectando Historia y Cultura

ENTREVISTA

Zahi Hawass

El pasado de Egipto frente a los
desafíos del presente

MUSEOS

Museo Nacional de Brasil

El día que ardió la historia

NARRATIVA

Misterio en la selva misionera

Aventura y arqueología



REVISTA PATRIMONIO CULTURAL

NÚMERO 2 · 2026

Director Editorial

Maximiliano Martínez Álvarez

Edición y diseño

Revista Patrimonio

Colaboradores en este número

Dr. Zahi Hawass

Arqueólogo e investigador

Lic. Patricia Frazzi

Conservación y Restauración de Bienes
Culturales

Fotografía de portada

Rostro de ataúd egipcio

Museo del Louvre, París.

Archivo digital: Revista Patrimonio Cultural

Contacto

info@revistapatrimonio.com

ISSN 2938-3927

Publicado en España

© Revista Patrimonio Cultural 2026

CONTENIDOS

03. EDITORIAL

La continuidad de una idea

04. ENTREVISTA

ZAHÍ HAWASS

El pasado de Egipto frente a los
desafíos del presente

25. ARCHIVO

Imagen y memoria

26. MUSEOS

Museo Nacional de Brasil

El día que ardió la historia

35. PERSPECTIVAS

La mirada de Heródoto
por Patricia Frazzi

54. RECOMENDADOS

Publicaciones · Objetos · Exhibiciones

56. NARRATIVA

Misterio en la selva misionera

64. OBJETO

Objetos y cultura material

La continuidad de una idea

El segundo número de una revista representa algo distinto al comienzo. Ya no se trata solamente de presentar una idea, sino de darle continuidad, ampliar sus horizontes y comenzar a definir una identidad.

Revista Patrimonio Cultural nació con la intención de crear un espacio de encuentro entre disciplinas, instituciones y miradas diversas sobre la cultura y su memoria. Con esta nueva edición, ese propósito comienza a adquirir una dimensión más amplia.

Durante estos meses, la revista ha extendido su presencia, ha sumado nuevos lectores y ha recibido el acompañamiento de personas e instituciones que comparten el interés por la investigación, la conservación y la difusión cultural. Ese crecimiento supone, ante todo, una responsabilidad: sostener el rigor de los contenidos y continuar construyendo una publicación abierta a distintas voces y perspectivas. Este número refleja esa voluntad.

La entrevista al Dr. Zahi Hawass nos acerca a algunos de los grandes interrogantes de la arqueología egipcia contemporánea, pero también a debates que exceden las fronteras de Egipto: la restitución de bienes culturales, la función de los museos, las nuevas tecnologías aplicadas a la investigación y la necesidad de preservar aquello que hemos recibido de otras generaciones.

A esas páginas se suman nuevas miradas sobre la historia, los museos, los objetos y la memoria. Temas diferentes que comparten una misma pregunta: qué elegimos conservar y qué significado adquiere aquello que decidimos transmitir.

Este segundo número no pretende ser una llegada, sino la continuidad de un proyecto que comienza a definir su lugar.

Y quizá sea precisamente allí donde una revista encuentra su sentido: no solo en aquello que publica, sino en las conversaciones que es capaz de abrir.

Maximiliano Martínez Álvarez
Director editorial

Zahi Hawass

"El pasado de Egipto frente a los desafíos del presente"

Conversamos con el Dr. Zahi Hawass sobre arqueología, museos, restitución de bienes culturales y los desafíos que enfrenta Egipto ante la conservación de su legado.



Fotografía cortesía de la Oficina de Zahi Hawass.

INTRODUCCIÓN

Pocas civilizaciones han despertado una fascinación tan persistente como el antiguo Egipto. Sus monumentos, sus objetos y los interrogantes que todavía rodean su historia continúan desafiando a la arqueología y renovando nuestra mirada sobre un pasado que, miles de años después, permanece abierto a nuevos descubrimientos.

Durante décadas, Zahi Hawass ha sido una de las figuras más reconocidas de la arqueología egipcia. Investigador y exministro de Antigüedades de Egipto, su trayectoria ha combinado el trabajo arqueológico con la defensa y divulgación de una herencia cultural cuya dimensión trasciende las fronteras del país.

Su mirada parte de una convicción: conocer el pasado implica también asumir la responsabilidad de preservarlo.

En esta entrevista con Revista Patrimonio Cultural, Hawass reflexiona sobre una vida dedicada a la arqueología, los interrogantes que todavía permanecen abiertos y los desafíos que enfrenta Egipto en el presente.

Una conversación sobre descubrimiento, memoria e identidad, pero también sobre aquello que todavía queda por encontrar.

Los secretos de la Gran Pirámide de Keops



Fotografía cortesía de la Oficina de Zahi Hawass.

Revista Patrimonio: Dr. Hawass, después de casi sesenta años de trabajo de campo, continúa generando titulares en todo el mundo. Existe una gran expectativa por conocer nuevos datos sobre el vacío de treinta metros descubierto en el interior de la Gran Pirámide de Keops (Khufu) y sobre su búsqueda de la momia de Nefertiti mediante ADN. ¿Qué podemos esperar descubrir próximamente?

Dr. Zahi Hawass:

Durante gran parte de mi vida me he dedicado a revelar los secretos de la Gran Pirámide de Khufu. Todo comenzó cuando cerré la Gran Pirámide durante un año para detener la humedad. Después pensamos en instalar un sistema de ventilación. La única manera de hacerlo era limpiar los llamados conductos de aire de la pirámide.

*“Durante gran parte de mi vida me he dedicado a
revelar los secretos de la Gran Pirámide.”*

Los conductos tienen solamente veinte por veinte centímetros. ¿Cómo podíamos limpiarlos? La única manera era utilizar un robot, y contratamos un robot alemán. Trabajamos limpiando los conductos e instalamos un ventilador en el exterior de la pirámide para extraer el aire y hacerlo circular nuevamente por su interior.

Después fuimos a la segunda cámara. Enviamos el robot por el conducto norte. Avanzó veinte metros y se detuvo porque el conducto se curvaba y el robot no podía doblar. Entonces enviamos el robot por el conducto sur. A sesenta metros se detuvo frente a una puerta con dos asas de cobre. Más tarde, cuando me convertí en explorador de National Geographic, construyeron otro robot para mí. El robot avanzó por el conducto sur hasta la puerta con las asas de cobre, perforó un pequeño orificio e introdujo una cámara óptica. Detrás de aquella puerta encontramos una segunda puerta.

Luego fuimos al conducto norte, el que se curvaba. Se curvaba durante ocho metros, y la razón de esa desviación era evitar la Gran Galería. A sesenta metros, igual que en el primer conducto, el robot se detuvo frente a una puerta con dos asas de cobre.

Durante 2025 y este año he estado trabajando con un equipo de Inglaterra. Encontramos el primer vacío, de treinta metros, sobre la Cámara del Rey. También encontramos otro vacío al final del corredor norte de la segunda cámara. Y junto con el equipo científico japonés, francés y egipcio encontramos un corredor de ocho metros detrás de la entrada principal de la pirámide.

Estamos utilizando técnicas muy sofisticadas. Mi equipo llegará en julio para determinar cómo podemos entrar en estos vacíos. Si logramos acceder a ellos, el próximo noviembre realizaremos una transmisión televisiva en directo para que todo el mundo pueda ver qué podría haber dentro.

“Todo el mundo podrá ver qué podría haber dentro.”

La búsqueda de Nefertiti

Dr. Zahi Hawass:

Sobre Nefertiti, hay dos proyectos en los que estoy involucrado. Creo que, a mitad del reinado de Akhenatón, Nefertiti desapareció porque se convirtió en corregente. Gobernó junto a Akhenatón y cambió su nombre por Neferneferuatón. Tras la muerte de Akhenatón, continuó gobernando y se convirtió en faraón; su nombre de trono fue Smenkhkare.



Zahi Hawass examina la momia del rey Tutankamón en su tumba, en Luxor, antes de ser sometida a estudios radiográficos. Fotografía cortesía de la Oficina de Zahi Hawass.

Actualmente estoy desarrollando dos proyectos. El primero consiste en buscar su tumba en el Valle de los Reyes. Estamos trabajando para determinar si realmente fue enterrada allí.

El segundo proyecto es una investigación genética. Utilicé el ADN para revelar los secretos de la familia de Tutankamón. Descubrimos que Akhenatón era el padre de Tutankamón, que Amenhotep III era su abuelo y que la momia KV35 correspondía a su madre. Los miembros de la familia que aún nos faltan identificar son Nefertiti y Ankhesenamón, la esposa de Tutankamón.

Actualmente estamos trabajando en un proyecto de ADN financiado por National Geographic para identificar las momias de Nefertiti y Ankhesenamón. La búsqueda continúa.

También sabemos que Tutankamón no fue asesinado. Presentaba una fractura en la pierna izquierda y ahora estamos investigando si esa lesión produjo una infección. Los radiólogos concluyeron que la fractura fue consecuencia de un accidente ocurrido dos días antes de su muerte. Si confirmamos que esa fractura desarrolló una infección, podremos anunciar con certeza que Tutankamón murió a causa de ese accidente.

“La búsqueda continúa.”

Arqueología y nuevas tecnologías



Fotografía cortesía de la Oficina de Zahi Hawass.

Revista Patrimonio: Para los arqueólogos formados en métodos tradicionales de excavación estratigráfica, los sitios arqueológicos de Egipto suelen presentar desafíos particulares. ¿Cuáles son hoy los principales retos metodológicos y de registro durante una excavación en las condiciones propias de Egipto?

Dr. Zahi Hawass:

Lo más importante es que dejamos de trabajar durante los meses de mayor calor, desde finales de mayo hasta comienzos de septiembre. Pero, más allá de eso, nuestras excavaciones siguen utilizando los métodos tradicionales: la cesta y el azadón continúan siendo herramientas fundamentales. Al mismo tiempo, la nueva tecnología se ha vuelto esencial. Utilizamos la estratigrafía durante la excavación, elaboramos mapas, registramos los componentes arquitectónicos de cada tumba, dibujamos la cerámica y realizamos estudios comparativos sobre ella.

Además, generamos modelos tridimensionales de los objetos y empleamos análisis de ADN para revelar los secretos de las momias. También utilizamos tomografía computarizada, ecografía e infrarrojos para descubrir qué hay detrás de los muros. Hoy ya no es necesario perforarlos: con estas nuevas tecnologías podemos conocer lo que esconden sin intervenir físicamente la estructura.

“Hoy ya no es necesario perforar los muros.”

Excavar en Egipto

Revista Patrimonio: ¿Cómo se desarrollan actualmente las excavaciones en Egipto? Más allá del método arqueológico, ¿qué dificultades representan el clima y las condiciones del terreno?

Dr. Zahi Hawass:

No excavamos durante el verano. Trabajamos únicamente desde el 1 de septiembre hasta el 1 de mayo. De ese modo evitamos el calor intenso y el sol, y aprovechamos un clima mucho más moderado. Durante ese período, las condiciones de trabajo son muy favorables y no sufrimos las temperaturas extremas.



*Zahi Hawass en la excavación de Gisir el-Mudir, Saqqara.
Fotografía cortesía de la Oficina de Zahi Hawass.*

Museos y el valor del objeto auténtico



Fotografía cortesía de la Oficina de Zahi Hawass.

Revista Patrimonio: Con la apertura del Gran Museo Egipcio, el mundo asiste al hogar definitivo de Tutankamón y de otros importantes tesoros arqueológicos. En esta era de experiencias digitales y exposiciones virtuales, ¿el objeto auténtico sigue teniendo un valor único e irremplazable? ¿Puede existir un museo sin objetos?

Dr. Zahi Hawass:

Por supuesto. Un museo sin objetos no es un museo.

El único museo donde los objetos no son lo más importante es el Museo Nacional de la Civilización Egipcia. Allí, lo más importante es la historia, que puede contarse mediante mapas y diagramas. Los objetos ocupan un segundo plano.

“Un museo sin objetos no es un museo.”

Pero en un museo como el Gran Museo Egipcio, los objetos son fundamentales. Es el museo más grande del mundo dedicado a una sola civilización y, además, fue construido a la sombra de las pirámides. Es el único museo del mundo con esas características.

En su inauguración asistieron cuarenta y cuatro jefes de Estado, entre reyes, reinas y presidentes. Por primera vez, todos los objetos de Tutankamón se exhiben reunidos en un mismo lugar. El Museo de la Barca también fue construido junto al Gran Museo Egipcio, y la barca situada al sur de la Gran Pirámide fue trasladada allí. Es realmente un museo único. Hoy recibe cerca de quince mil visitantes por día.

La gente quiere ver objetos. Los museos de arte dependen de los objetos. El Museo de la Civilización depende de la historia.

Hoy Egipto cuenta con grandes museos, quizá los mejores del mundo.

Tenemos el Museo de las Momias, dentro del Museo Nacional de la Civilización Egipcia, en El Cairo Antiguo. También contamos con un museo dedicado a los monumentos coptos, otro a los monumentos islámicos y museos en todas las regiones del país.

Restitución, identidad y patrimonio

Revista Patrimonio: Para quienes defienden el concepto de museo universal, ¿cuál es su argumento más sólido? ¿El patrimonio cultural pertenece principalmente a su país de origen o a toda la humanidad?

Dr. Zahi Hawass:

Los monumentos de cualquier país pertenecen a toda la humanidad. Pero el país al que pertenece esa civilización debe conservar los objetos que la representan.

Los museos de Europa y de Estados Unidos han participado en el robo y la compra de antigüedades saqueadas de distintos países. Por eso muchos museos de Europa y América fueron construidos sobre bienes obtenidos mediante el expolio de otras naciones.

Cuando fui secretario general del Consejo Supremo de Antigüedades logré recuperar alrededor de seis mil piezas. Hoy sostengo que, de todos los objetos egipcios dispersos por el mundo, solo hay tres cuya devolución considero imprescindible porque fueron robados a Egipto: la Piedra de Rosetta, conservada en el Museo Británico; el Zodíaco de Dendera, en el Museo del Louvre; y el busto de Nefertiti, en Berlín.

*“Muchos museos de Europa y América fueron
construidos sobre bienes obtenidos mediante el expolio
de otras naciones.”*

Al mismo tiempo, pedimos a los museos que dejen de comprar antigüedades robadas. Que los museos continúen haciéndolo es una vergüenza. Actualmente tengo dos peticiones en Internet para reunir firmas. Cuando cada petición alcance un millón, solicitaremos oficialmente el regreso de esas tres piezas para que sean exhibidas en el Gran Museo Egipcio.

Muchas personas en Europa y Estados Unidos afirman que esos objetos no deben regresar porque Egipto no tiene buenos museos o porque sus trabajos de restauración no son adecuados. Yo les respondo que hoy Egipto tiene museos mejores que los de cualquier otro país. Basta ver el trabajo realizado en el Gran Museo Egipcio y la calidad de sus tareas de conservación y restauración.

Revista Patrimonio: Estos objetos a los que se refiere, ¿representan al Egipto actual o representan su pasado?

Dr. Zahi Hawass:

Representan nuestra historia. Estos objetos representan nuestra historia. Son el símbolo de la identidad egipcia. Por eso necesito que esas tres piezas regresen a Egipto. Estoy decidido a recuperarlas y las traeré de vuelta.

Museos como espacios de aprendizaje

Revista Patrimonio: ¿Qué papel deberían desempeñar los museos en la sociedad contemporánea?

Dr. Zahi Hawass:

Los museos son instituciones educativas. Deben enseñar a las personas acerca de su civilización. Deben funcionar como espacios de aprendizaje para que el público comprenda la historia de las civilizaciones mediante la realidad virtual, los modelos tridimensionales y las nuevas tecnologías.

Hoy, estas herramientas permiten despertar el interés de las personas por conocer mejor su cultura y su civilización.

Revista Patrimonio: ¿Por qué las sociedades necesitan el patrimonio?

Dr. Zahi Hawass:

Los museos deben mostrar el patrimonio de un país. También puede haber museos dedicados a un tema específico, como los metales u otras especialidades. Sin embargo, los grandes museos del mundo son aquellos que conservan objetos para mostrar a quienes los visitan el patrimonio y la historia del país al que pertenecen.

“Los museos son instituciones educativas.”

Revista Patrimonio: ¿Pueden coexistir la cooperación internacional y la restitución del patrimonio cultural?

Dr. Zahi Hawass:

Por supuesto. Es muy importante.

El papel de la UNESCO consiste en promover esa cooperación entre los países, y realmente necesitamos que esa cooperación exista, porque todos debemos colaborar para preservar esta civilización. Como usted dijo al comienzo de esta entrevista, esta civilización pertenece a toda la humanidad. Por eso debemos ayudar al país que la alberga.

También debemos producir películas y documentales sobre su patrimonio para educar a las personas en todo el mundo. Es importante no enviar los objetos fuera del país. Es posible dar a conocer el patrimonio y la historia de una nación a través del cine y los documentales.



*Zahi Hawass recibe al rey Philippe de Bélgica en Saqqara, Egipto.
Fotografía cortesía de la Oficina de Zahi Hawass.*

“Todos debemos colaborar para preservar esta civilización.”

Una disciplina sin fronteras

Revista Patrimonio: ¿Cree que el futuro de la egiptología estará cada vez más liderado por instituciones e investigadores egipcios?

Dr. Zahi Hawass:

Sí. Es muy importante que los egipcios trabajen junto con investigadores extranjeros. Hoy contamos con instituciones dedicadas a la enseñanza de la egiptología en nuestras universidades. Además, existen departamentos de egiptología en países de Europa, América, Australia y Japón.

Me hace muy feliz que la egiptología se haya convertido en una disciplina presente en todo el mundo. Egipto es el único país cuyo nombre ha dado origen a una disciplina académica: la egiptología.

“Egipto es el único país cuyo nombre ha dado origen a una disciplina académica: la egiptología.”

Turismo y conservación

Revista Patrimonio: ¿Cuál considera que es el principal desafío para las futuras generaciones de arqueólogos egipcios?

Dr. Zahi Hawass:

El gran desafío es el turismo. El turismo puede convertirse en el enemigo de la arqueología, porque puede destruir los monumentos.

Debemos encontrar un equilibrio entre las necesidades del turismo para la economía del país y la preservación de las tumbas. Por eso, la gestión de los sitios arqueológicos es fundamental.

Necesitamos fortalecer las tareas de conservación, tanto de los objetos que se encuentran en los museos como de los propios yacimientos. Si no lo hacemos, dentro de cien años gran parte de esta civilización habrá desaparecido.

Quienes obtienen beneficios del turismo también deben participar en la conservación de los sitios arqueológicos en todo el mundo.

“El turismo puede convertirse en el enemigo de la arqueología.”

Una vida dedicada a la arqueología



Fotografía cortesía de la Oficina de Zahi Hawass.

Revista Patrimonio: ¿Qué le ha enseñado la arqueología sobre la vida?

Dr. Zahi Hawass:

El estudio de la egiptología me enseñó que los antiguos egipcios hicieron dos cosas que los llevaron a estar entre las grandes civilizaciones del mundo. La primera fue su creencia en la vida después de la muerte. Esa creencia construyó Egipto, porque los llevó a levantar pirámides y tumbas.

La segunda fue gobernar conforme a la Maat. La Maat representa la justicia, la verdad y el bien. Todo faraón debía sentirse orgulloso de gobernar con verdad y justicia.

Eso es, precisamente, lo que me gustaría que las personas aprendieran de los antiguos egipcios.

Revista Patrimonio: Si pudiera pasar una noche conversando con un personaje del antiguo Egipto, ¿a quién elegiría y qué le preguntaría?

Dr. Zahi Hawass:

Elegiría a Keops, el constructor de la Gran Pirámide. He escrito muchos libros sobre él e incluso publiqué recientemente una novela titulada *Khufu and the Queen with the Golden Eyes*. Le preguntaría si lo que escribí sobre él es correcto o no.

*“La creencia en la vida después de la muerte construyó
Egipto.”*

Los grandes misterios que aún esperan respuesta

Revista Patrimonio: ¿Qué pregunta sobre el antiguo Egipto le gustaría ver respondida algún día?

Dr. Zahi Hawass:

Creo que, ante todo, me gustaría descubrir aquello que todavía nos falta encontrar: la tumba de Imhotep, el arquitecto que construyó la primera pirámide escalonada; las tumbas desaparecidas del Valle de los Reyes, como la de Tutmosis I, la de Ramsés VIII y las de las reinas de la dinastía XVIII; la tumba de Alejandro Magno y la de la reina Cleopatra. Todos siguen siendo grandes interrogantes que esperan una respuesta.

Revista Patrimonio: ¿Continúa investigando la tumba de Cleopatra?

Dr. Zahi Hawass:

Trabajé junto a Kathleen Martínez, de la República Dominicana, durante once años. Ahora ella continúa la investigación por su cuenta, pero hasta el momento no se ha encontrado nada.

Las excavaciones se llevan a cabo en el templo de Taposiris Magna, cerca de Alejandría, al oeste de la ciudad.

*“Todos siguen siendo grandes interrogantes que
esperan una respuesta.”*

La arqueología, un legado universal

Revista Patrimonio: ¿Qué opina del trabajo que realizan los arqueólogos fuera de Egipto?

Dr. Zahi Hawass:

Se está realizando un excelente trabajo en numerosos sitios arqueológicos del mundo, como los de Sudamérica, México, Perú, Grecia e Italia.

Sin embargo, las guerras han destruido monumentos en países como Líbano, Irak, Siria y Libia. A causa de esa destrucción hemos perdido una parte importante de nuestros orígenes y de nuestras civilizaciones.

Revista Patrimonio: ¿Qué piensa cuando observa otras pirámides, como las de Teotihuacán?

Dr. Zahi Hawass:

Esas pirámides no tienen ninguna relación con Egipto. Participé en una conferencia en Denver, Colorado, donde llegamos a la conclusión de que todas esas pirámides fueron construidas como tumbas. Sin embargo, las pirámides egipcias son las más antiguas de todas y no existe ninguna relación entre las pirámides de Egipto y las de otras civilizaciones.

“Las pirámides egipcias son las más antiguas de todas.”

Un mensaje para las nuevas generaciones

Revista Patrimonio: ¿Qué consejo les daría a los jóvenes arqueólogos?

Dr. Zahi Hawass:

Que tengan pasión. Si uno siente pasión por algo, por pequeño que sea, puede convertirlo en algo grande. Todo lo que he logrado fue gracias a la pasión que sentí por la arqueología. La pasión es lo más importante.



Fotografía cortesía de la Oficina de Zahi Hawass.

*“Si uno siente pasión por algo, por pequeño que sea,
puede convertirlo en algo grande.”*

Fotografía histórica



Ruinas romanas de la antigua ciudad de Tralles, Turquía, ca. 1870

Giacomo Brogi.

ICCD – Raccolte Fotografiche, Ministero della Cultura, Italia.

Museo Nacional de Brasil

El día que ardió la historia

Una historia de pérdida, rescate y reconstrucción



Palácio de São Cristóvão, sede del Museu Nacional, Río de Janeiro, 2011.

Fotografía: Revista Patrimônio Cultural.

El incendio del Museo Nacional de Brasil, ocurrido el 2 de septiembre de 2018, destruyó gran parte de uno de los mayores acervos científicos y culturales de América Latina. Sin embargo, la historia del museo no terminó aquella noche. Entre las ruinas comenzó una nueva etapa marcada por el rescate de objetos, la reconstrucción de las colecciones y la recuperación de la memoria de una institución que, durante años, había reunido testimonios de la naturaleza y de las sociedades humanas.

El museo antes del fuego

Antes de convertirse en el escenario de una de las mayores pérdidas patrimoniales de Brasil, el Palacio de São Cristóvão albergaba una institución científica de enorme alcance. El Museo Nacional/UFRJ reunía colecciones de historia natural, arqueología, etnología, geología, paleontología, antropología y zoología, además de importantes fondos bibliográficos y documentales.

El propio museo señala que su acervo llegó a superar los 20 millones de objetos y especímenes. Sus exposiciones permitían recorrer la evolución de la vida, la historia de la humanidad, las culturas mediterráneas, el Egipto antiguo, la arqueología precolombina, la arqueología brasileña, las culturas indígenas y del Pacífico.

Antes del incendio, el Museo Nacional podía recorrerse a través de sus salas, vitrinas y colecciones. Hoy, muchas de esas imágenes constituyen uno de los pocos testimonios visuales de cómo era aquel museo y de los objetos que formaban parte de él. Las fotografías permiten reconstruir, al menos parcialmente, un espacio que ya no existe de la misma manera.

La noche del 2 de septiembre

El domingo 2 de septiembre de 2018, un incendio comenzó en el Palacio de São Cristóvão mientras el museo se encontraba cerrado al público. El fuego avanzó por el edificio histórico y consumió salas, laboratorios, espacios de exposición, documentación y enormes conjuntos de colecciones.

El desastre no fue solamente arquitectónico. Las llamas alcanzaron una parte fundamental de la memoria científica acumulada durante generaciones por investigadores, conservadores y coleccionistas. El museo perdió objetos únicos y conjuntos que, por su propia naturaleza, no podían ser reemplazados mediante nuevas adquisiciones.

En pocas horas, gran parte de aquello que había sido reunido, estudiado y conservado durante generaciones quedó reducido a escombros.



*Incendio de grandes proporciones alcanzó al Museu Nacional
durante la noche del domingo 2 de septiembre de 2018.*

Crédito: Erick Dau/A7 Press.

¿Qué se perdió?

Para comprender la magnitud de la tragedia hay que mirar más allá del número de objetos destruidos. Entre los materiales afectados había fósiles, minerales, restos humanos, piezas arqueológicas y etnográficas, ejemplares de fauna y documentación científica reunida durante décadas.

El incendio no afectó al acervo de manera uniforme. Algunas colecciones permanecieron intactas fuera del Palacio, otras resultaron parcialmente dañadas y algunas desaparecieron casi por completo.

En ese contexto, las fotografías anteriores al incendio adquirieron un valor documental excepcional. Permiten conocer cómo eran las salas, cómo estaban organizadas las colecciones y, en algunos casos, conservar el recuerdo de objetos que ya no existen materialmente.



Una de las salas de exposición del Museu Nacional antes del incendio de 2018.

Fotografía: Revista Património Cultural.

Los objetos que sobrevivieron

Entre los escombros comenzaron a aparecer objetos que habían resistido de maneras inesperadas. Algunos estaban protegidos por estructuras metálicas, otros parcialmente enterrados entre los restos y otros fueron reconocidos solamente después de procesos de limpieza y estabilización.

Entre los hallazgos estuvo Luzia, el cráneo de uno de los restos humanos más antiguos conocidos de América y uno de los símbolos de la arqueología brasileña. También fue localizado el meteorito Angra dos Reis, que había permanecido protegido dentro de un armario de hierro.

El museo informó además sobre el rescate de objetos indígenas, una urna funeraria Marajoara, una tigela Tupiguarani, puntas de flecha, zoolitos, un machado semilunar y otros materiales.

Aquello que antes estaba protegido por vitrinas pasó a ser buscado, identificado y estabilizado entre las cenizas.



Trabajos de rescate entre los escombros del Museu Nacional, tras el incendio de 2018.

Crédito: EFE

El rescate

El rescate posterior al incendio tuvo algo de excavación arqueológica. Pero esta vez el sitio no era un yacimiento antiguo, sino el propio museo.

Los profesionales trabajaron entre estructuras dañadas, fragmentos, cenizas y restos de las antiguas salas para localizar piezas y registrar sus condiciones. El Museo Nacional informó que un equipo coordinado por la arqueóloga Cláudia Carvalho llegó a reunir al menos 1.500 piezas en una de las etapas del rescate.

Cada objeto debía ser limpiado, identificado y estabilizado y, cuando fuera posible, relacionado nuevamente con la documentación que permitiera comprender su procedencia y significado.

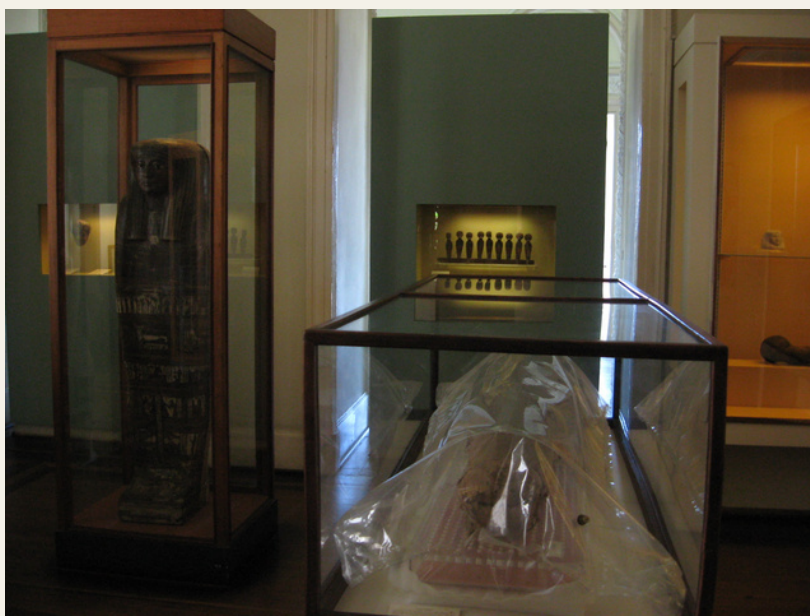
El proceso reveló una dimensión fundamental del patrimonio: conservar no consiste únicamente en evitar que un objeto se rompa. También implica recuperar su contexto, su documentación y las relaciones que lo convierten en parte de una colección.

“Esta vez, el sitio arqueológico era el propio museo.”

Reconstruir la memoria

Una vez superado el impacto inicial, la reconstrucción adquirió una dimensión más amplia. Ya no se trataba solamente de levantar nuevamente las paredes del Palacio de São Cristóvão, sino de recuperar, en la medida de lo posible, una institución que había perdido una parte fundamental de sus colecciones.

Una colección no es simplemente una suma de objetos. También está formada por historias de adquisición, investigaciones, comunidades de origen, documentos y conocimientos contruidos alrededor de las piezas. Reconstruir, por lo tanto, no significa fabricar una copia del museo anterior. Significa recuperar aquello que sobrevivió, documentar lo que se perdió y encontrar nuevas formas de transmitir esa historia.



*Sala de la colección egipcia antes del incendio de 2018.
Fotografía: Revista Património Cultural.*

El museo después del fuego

La reconstrucción del Museo Nacional continúa. Los trabajos incluyen la protección y conservación de elementos históricos y artísticos que sobrevivieron al incendio, entre ellos la escalera monumental de mármol, pisos, pinturas murales, ornamentos y el meteorito Bendegó.

También se han producido moldes y modelos destinados a reproducir elementos ornamentales del Palacio y preparar el edificio para nuevas etapas de restauración.

Pero reconstruir el Museo Nacional no significa solamente recuperar su arquitectura. La institución trabaja también en la recomposición de sus colecciones y en nuevas formas de relación con las comunidades vinculadas a sus acervos.

El objetivo ya no parece ser regresar simplemente al museo que existía antes de 2018, sino construir una institución capaz de incorporar críticamente su propia historia y la pérdida sufrida.



Vista aérea del Museu Nacional tras el incendio del 2 de septiembre de 2018.

Crédito: Thiago Ribeiro/AGIF/Estadão Conteúdo

Un museo no es solo un edificio

Un edificio puede restaurarse. Una vitrina puede volver a instalarse. Una sala puede recuperar sus colores y una exposición puede reabrir sus puertas. Pero una colección histórica no se reconstruye de la misma manera. Cada objeto perdido arrastra consigo una parte de una investigación, una procedencia y una posibilidad de conocimiento. Por eso, el incendio del Museo Nacional no puede entenderse únicamente como la destrucción de un edificio histórico. Fue también una ruptura en la continuidad de una memoria científica y cultural.

Sin embargo, el rescate de las piezas, la documentación de las colecciones y las imágenes que permiten conocer parte de lo que existía antes del incendio mantienen abierta esa historia. La reconstrucción del Museo Nacional no consiste solamente en recuperar un edificio, sino también en reconstruir los vínculos entre los objetos, las investigaciones, las personas y las comunidades que dieron sentido a sus colecciones.

Porque cuando un museo desaparece, también descubrimos cuánto de nuestra propia memoria habíamos depositado allí.

Texto y fotografías:

Maximiliano Martínez Álvarez

La mirada de Heródoto y el Patrimonio Cultural

Patricia Frazzi



*Pirámides de Keops, Kefrén y Micerino. Dibujo de Ludwig Borchardt, 1907.
Tratamiento editorial.*

Introducción

¿Cuál fue el peso de la mirada griega en la construcción de la historia? Puede ser una buena pregunta para los que trabajamos con el Patrimonio Cultural porque en buena medida nuestros conceptos aún se enraízan en lo que dijeron o vieron los autores clásicos. Heródoto es clave en esta historia, pues recorrió parte del Mediterráneo, probablemente la única región que le era accesible en su época, y seleccionó obras que, para su asombro, superaban la perfección de su propia cultura.

Valga para este caso citar a Egipto, donde las pirámides de Keops, Kefrén y Micerino y el conjunto del laberinto causaron asombro en el viajero y quedaron para siempre como una maravilla inigualable de la cultura humana.

Si bien las pirámides se han conservado y pueden ser vistas de forma directa por el observador, el Laberinto aún es un mito ya que hasta el momento no se han encontrado vestigios materiales de su existencia.

En este artículo trataremos de confrontar la forma de viajar, ver, recibir información y de usar datos propios o ajenos sobre el considerado otro, a partir del mundo conocido por Heródoto, y su capacidad para aceptar la magnificencia de algunas obras de la antigüedad como superiores a las de su cultura. Ese registro herodotiano sirvió como base para que hoy los organismos internacionales puedan seleccionar y apoyar la conservación de monumentos con valor patrimonial sin una postura eurocéntrica.

Heródoto en la historia

Heródoto, considerado por muchos como el “padre de la Historia”, nació en Halicarnaso en el año 484 a. C., y hacia el año 450 a. C. visitó Egipto en la época de la primera dominación persa. Habían pasado muchos siglos desde que las pirámides o los grandes monumentos egipcios habían sido contruidos. Pese a eso, aún permanecían allí con su historia, su simbolismo y magnificencia.

En el libro II de los Nueve Libros de la Historia de su autoría, titulado Euterpe, hay una descripción de dos complejos arquitectónicos monumentales, uno es el gran conjunto de las pirámides de Keops, Kefrén y Micerino y el otro es el laberinto. Las tres pirámides están aún en pie y actualmente forman parte del Patrimonio Mundial de la Humanidad. El Laberinto fue una construcción colosal de la que quizás solo subsistan vestigios.

Heródoto vio con sus ojos estos monumentos y se dio cuenta de su magnificencia e importancia. Al hacer sus descripciones transmitió sus dimensiones y su significado. Aunque en el siglo V a. C. no existía el concepto de Patrimonio Cultural, él lo plasmó a través de sus palabras.

En la actualidad, el conjunto de las Pirámides no solo está catalogado como Patrimonio Mundial[1], sino que la Gran Pirámide de Giza, llamada también de Keops, es una de las Siete Maravillas del Mundo Antiguo y la única que aún está en pie.

[1] UNESCO, 1995/2010, Lista del Patrimonio Mundial, 06/ 15/2010, http://portal.unesco.org/es/ev.php-URL_ID=45692&URL_DO=DO_TOPIC&URL_SECTION=201.html

Descripciones

Estas pirámides fueron construidas por los faraones de la cuarta dinastía del Imperio Antiguo de Egipto (c. 2700 a 2200 a. C.) y están ubicadas en la meseta de Giza, situada sobre la orilla occidental del río Nilo a unos veinte kilómetros de la capital de Egipto, El Cairo.

“En cuanto a la pirámide, se emplearon en su construcción veinte años; es una obra cuadrada de ocho pletros[2] de largo en cada uno de sus lados, y otros tantos de altura, de piedra labrada y ajustada perfectamente y construida de piezas grandes que ninguna baja de treinta pies”[3].

De este modo Heródoto describió la construcción de la pirámide de Keops según se lo habían relatado unos sacerdotes egipcios. Para un griego de mediados del siglo V a. C. la oralidad era creíble, incluso más que la fuente escrita. Los sacerdotes eran interlocutores dignos, pero él confiaba más en su carácter de testigo ocular.

Keops reinó por cincuenta años y lo sucedió su hermano Kefrén quien construyó otra de las pirámides que conforman esta tríada en estudio.

[2] 1 pletro = 29,60 m.

[3] Heródoto, Los Nueve Libros de la Historia, 2ª edición, Buenos Aires, Editorial El Ateneo, 1968, p. 165.

“Una de las cosas en que pretendió imitar al difunto fue en querer levantar una pirámide, como en efecto la levantó, pero no tal que llegara en su magnitud a la de su hermano, de lo cual yo mismo me cercioré midiéndolas entrambas”[4].

Según Hartog, la autopsia herodotiana se basa en que el “yo vi” acredita el “yo digo”, mientras que el relato basado en el “yo oí” es menos creíble.

Heródoto verificó las medidas de las pirámides para comprobar que la de Kefrén era de menor tamaño que la de Keops y luego lo registró. Relató que la pirámide de Keops era cuadrada y tomó la medida de un lado, ocho pletros, equivalente a 236,80 m. Teniendo en cuenta que la medida actual es de 233,70 m[5], la diferencia es de 3,10 m, un 1,3 % del total, porcentaje casi despreciable si se considera que la pirámide estaba revocada en el momento de esa mensura. También habría que considerar la desigualdad entre el nivel de la arena en el momento de la medición en el pasado y la actual.

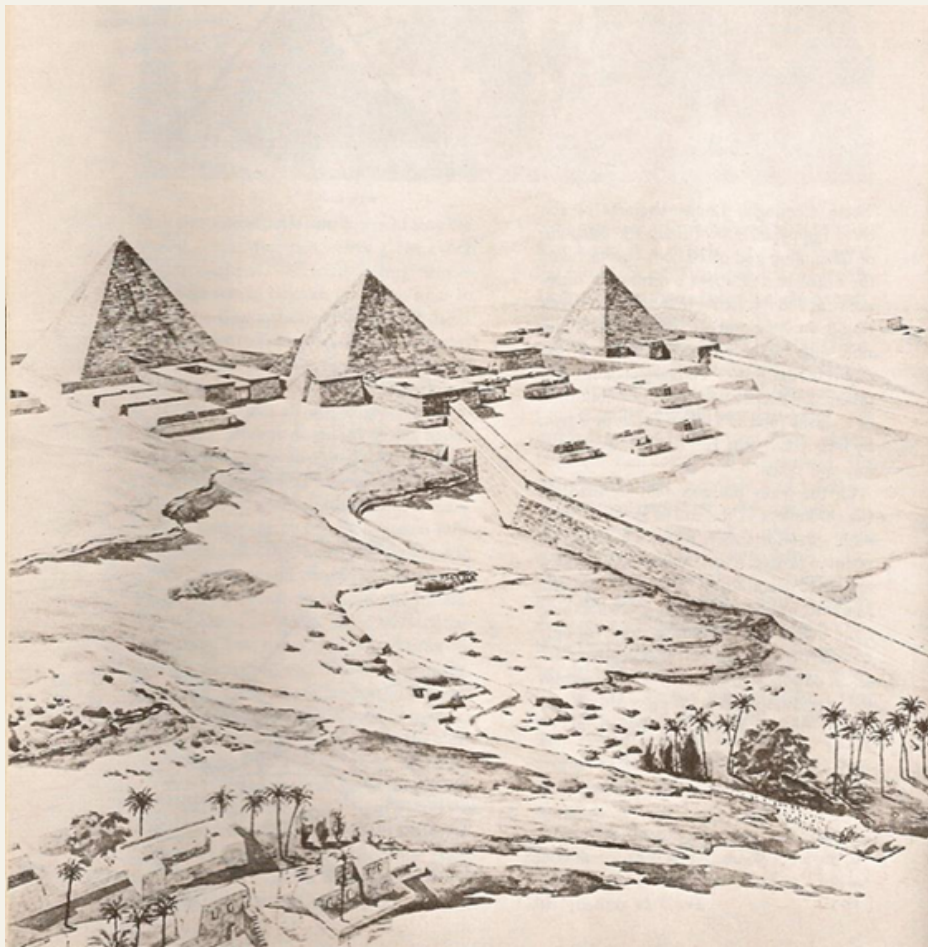
Hoy en día la pirámide de Kefrén tiene una altura de 143,49 m y la de Keops de 136,86 m, es decir que la primera es más alta que la segunda. Esto se debe a que la de Kefrén conservó el recubrimiento exterior en su ápice y la de Keops bajó su altura en 9,75 m no solo por haber perdido ese recubrimiento sino también por el producto de la erosión a lo largo de los años. La altura original de la llamada Gran Pirámide era de 146,61 m.

Kefrén reinó cincuenta y seis años y lo sucedió un hijo de Keops, es decir su sobrino llamado Micerino.

[4] Heródoto, p. 166.

[5] Giedion, Sigfried, El presente eterno: Los comienzos de la arquitectura, Madrid, Alianza Forma, 1981, p. 299.

“No dejó, sin embargo, Micerino de levantar su pirámide, menor que la de su padre en más de veinte pies. La construcción es cuadrada, de mármol etiópico hasta su mitad y de tres pletros”[6].



Fragmento del dibujo de las pirámides de Keops, Kefrén y Micerino realizado por Ludwig Borchardt en 1907 (C. W. Ceram, The March of Archaeology, Third Printing, U S A, Alfred A. Knopf, 1975, p. 106).

[6] Heródoto, p. 166.

Aunque la pirámide que mandó construir fue de menores dimensiones que la que construyó su padre, Heródoto relató que Micerino fue el monarca más celebrado de cuantos vio Egipto. Durante los ciento seis años de los reinados de Keops y Kefrén los templos fueron cerrados y los egipcios vivieron en una total miseria y opresión. Micerino mandó abrir los templos e hizo descansar al pueblo después de haber construido esas colosales obras públicas[7].

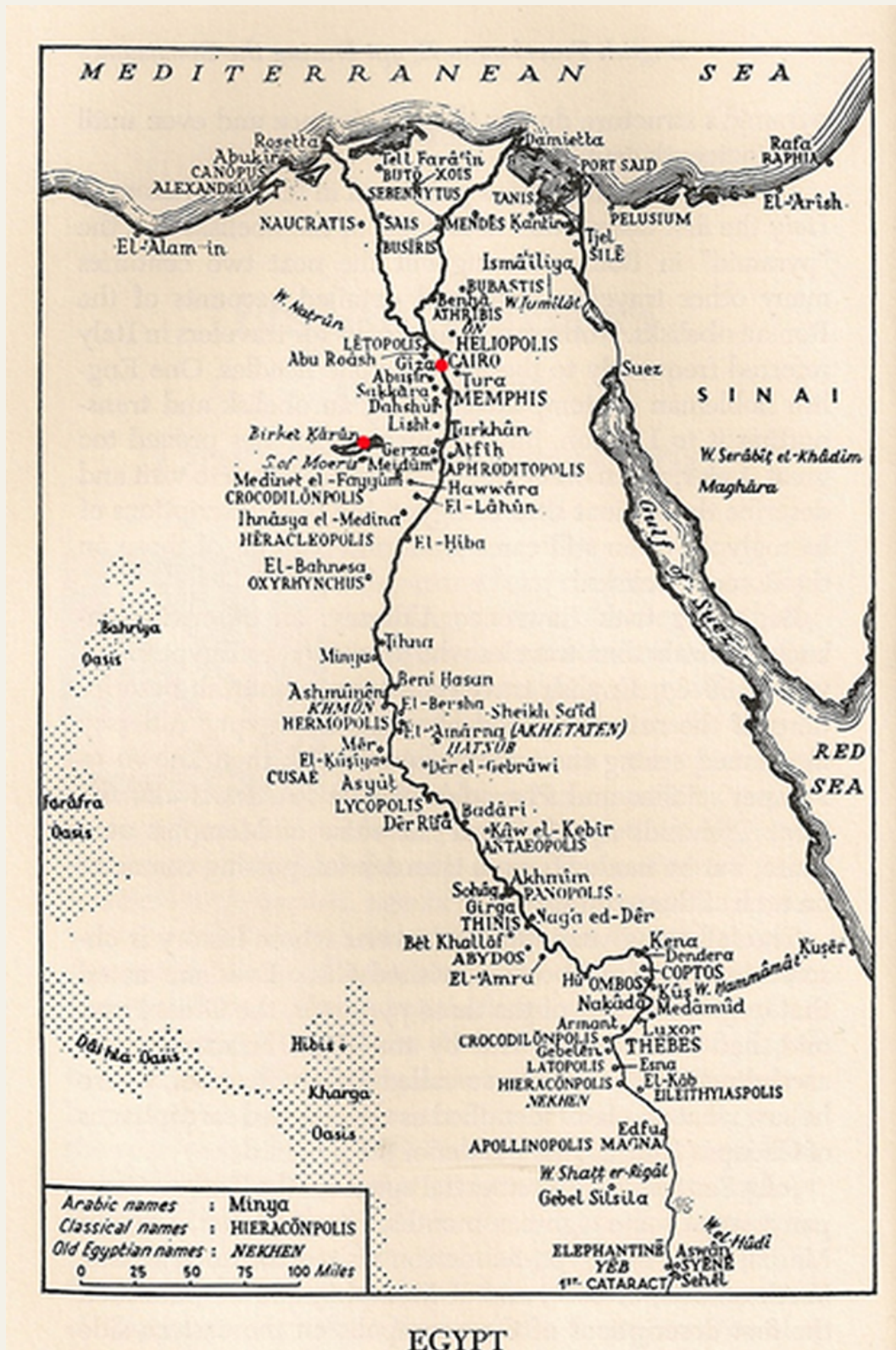
Según Finley, Heródoto se propuso verificar los datos acumulados, la mayoría obtenidos oralmente y algunos pocos escritos, mediante indagaciones hechas directamente en los lugares de los sucesos y a través de un análisis crítico de la información[8].

Así llegó al Laberinto, que supuestamente se construyó durante el reinado de Amenemhat III (1853 a 1797 a. C.)[9] en un lugar cercano a la laguna de Meris, actual lago Birket Qarun, ubicado a unos ochenta kilómetros al suroeste de El Cairo.

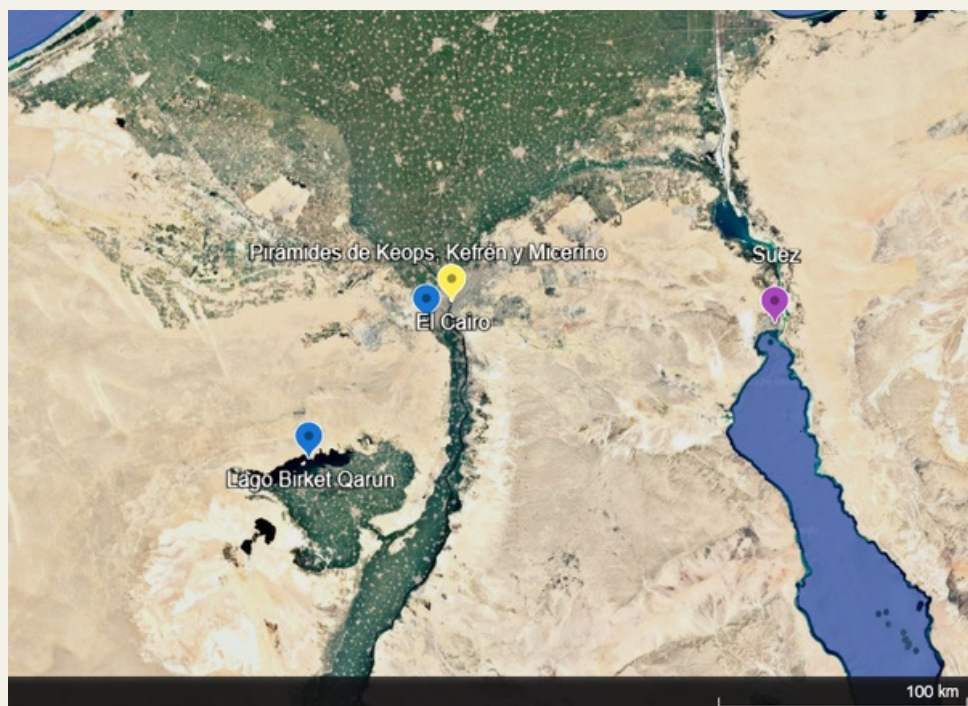
[7] Heródoto, p. 167.

[8] Finley, M. I., Los griegos de la Antigüedad, 8ª edición, Colombia, Editorial Labor, 1994, p. 113.

[9] Graciani García, Amparo, "Aportaciones de Heródoto de Halicarnaso al conocimiento de la construcción en la Antigüedad", en Actas del Tercer Congreso Nacional de Historia de la Construcción, Sevilla, 26-28 octubre 2000, eds. A. Graciani, S. Huerta, E. Rabasa, M. Tabales, Madrid: I. Juan de Herrera, SEdHC, U. Sevilla, Junta de Andalucía, COAAT Granada, CEHOPU, 2000, p. 465.



Plano de sitios arqueológicos de Egipto con el nombre original y el actual (tomado de Alan Gardiner, *Egypt of the Pharaohs: An Introduction*, Oxford, The Clarendon Press, 1962).



Ubicación actual del lago Birket Qarun, antigua laguna de Meris, y su posición relativa con respecto a las Pirámides de Guiza. Imagen: Google Earth.

Heródoto narró que fue un templo funerario realizado por los doce reyes que gobernaron luego del reinado de Setos, con el objeto de dejar un monumento en nombre de todos estos monarcas.

“Me atrevo a decir que cualquiera que recorriese las fortalezas, muros y otras construcciones de los griegos, que hacen alarde de su grandeza, ninguna hallará entre todas que sea mayor y superior en costo y en trabajo que dicho Laberinto”

“Compónese de doce palacios cubiertos, contiguos unos a otros y cercados todos por una pared exterior, con las puertas fronteras entre sí; seis de ellos miran al Norte y seis al Mediodía. Cada uno tiene duplicadas sus piezas, unas subterráneas, otras en el primer piso, levantadas sobre los sótanos y hay mil quinientas de cada especie, que forman entre todas tres mil”[11].

[10] Google Earth. ©2010 Cnes/Spot Image, Map Data ©2010 AND Data SIO, NOAA, U.S. Navy, NGA, GEBCO, ©2010 Europa Technologies.

[11] Heródoto, p. 177.

En ese párrafo expresó la grandeza e importancia de ese conjunto formado por doce palacios con subsuelo y primer piso y una pirámide en un extremo. Comparó su cosmovisión griega con ese mundo diferente que lo deslumbró por su tamaño, costo y expresión de poder. También describió como parte del conjunto a la laguna de Meris hecha por la mano del hombre, y a dos pirámides encumbradas con dos colosos de mármol sentados en sus tronos. La laguna, las pirámides y el Laberinto provocan en el lector el efecto que Heródoto quiso transmitir y que resumió en un renglón de Euterpe: “...es el Laberinto monumento tan grandioso que excede por sí solo a las pirámides mismas”[12].

Según Hartog, las mediciones dan seriedad y poder al relato. Heródoto, el agrimensor, escribe sobre las medidas de las pirámides de la laguna de Meris:

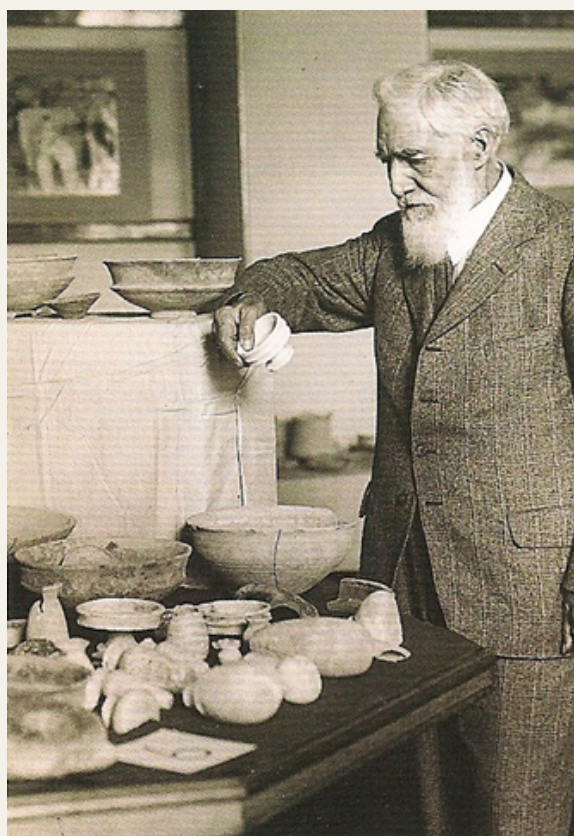
“... ambas pirámides vienen a tener cien orgías[13], que forman cabalmente un estadio hexapletro o de seiscientos pies, contando la orgía a razón de seis pies o de cuatro codos, midiendo el pie por cuatro palmos y el codo por seis”[14].

[12] Heródoto, p. 177.

[13] En la antigüedad, la palabra orgía era una medida de longitud que equivalía aproximadamente a la envergadura de los brazos extendidos de un hombre, alrededor de 1,77 m.

[14] Heródoto, p. 178.

Desde el siglo XIX se han estado buscando las ruinas del Laberinto, y algunos arqueólogos pensaron que estaban en las ruinas de Hawara excavadas por Sir Flinders Petrie a fines del siglo XIX por su cercanía a la laguna de Meris. Este egiptólogo presentó unos planos que representaban una serie de habitaciones de un solo piso precedidas por pórticos cuyas medidas no coincidían con las dadas por Heródoto ni con las más adelante descritas por Estrabón. Por estos datos, otros investigadores no apoyan la hipótesis de que las ruinas de Hawara formen parte del Laberinto. El primero en identificar la pirámide que aún existe en esas ruinas, la de Amenemhat III de la Dinastía XII, fue Richard Lepsius entre 1842 y 1844[15]. Se considera que estos investigadores fueron el inicio de la arqueología como ciencia, sin siquiera poder decir que esta existía, por lo que también sus datos deben ser tomados con cautela.



Flinders Petrie, el iniciador de la egiptología científica, junto a una colección de objetos arqueológicos egipcios, en Londres, 1930 (The Cambridge Illustrated History of Archaeology, USA, edited by Paul G. Bahn, Cambridge University Press, 1996, p. 164).

[15] Graciani García, Amparo, p. 466.

Lo interesante del caso es que esa no tangibilidad del conjunto unida a la posibilidad de su existencia bajo tierra convierte al Laberinto en una hipótesis muy fuerte basada en los relatos del pasado y, en algún lugar del inconsciente, siempre queda el deseo de encontrar uno de los monumentos que podría cambiar la historia de la arqueología.

Otros autores hicieron descripciones del Laberinto entre los siglos I a. C. y I d. C., a saber: Diodoro de Sicilia, Estrabón, Pomponio Mela y Plinio el Viejo.

Heródoto y el patrimonio cultural

¿Pudo haber pensado Heródoto que con sus descripciones de las tres grandes pirámides de Giza y del Laberinto estaba desarrollando un concepto que la humanidad tardó casi 2400 años en afianzar?

Él transmitió la importancia de estos edificios a través de la polaridad griegos/no griegos y se dio cuenta de que estaba ante un testimonio edilicio con alto valor material y simbólico, que representaba una cultura diferente y por lo tanto merecía ser contada en su relato. Hartog amplió este concepto diciendo que estos monumentos eran un *thôma* (maravillas, curiosidades) y que el ojo de Heródoto estuvo presente como garantía de la medida de ese *thôma*. En otro párrafo expresó:

“El espejo de Heródoto es también el ojo del historiador que, al recorrer el mundo y relatarlo, lo pone en orden en un espacio griego del saber y, al mismo tiempo, construye para los griegos una representación de su pasado próximo: se vuelve rapsoda y agrimensor. Pero, más allá de él mismo, es también ese espejo a través del cual los que vinieron después tendieron a ver el mundo ”[16].

Los que “vinieron después” somos nosotros que seguimos estudiando sus textos y encontrando nuevas derivaciones. Somos los que elaboramos un nuevo concepto teórico, el de patrimonio cultural, a través del cual les damos a los bienes, en este caso grandes conjuntos monumentales, un significado especial. Nos identificamos y reconocemos por intermedio de lo que edificamos. En ese reflejo colectivo se expresa nuestra decisión de que estos inmuebles pasen a integrar nuestro patrimonio cultural.

[16] Hartog, p. 30.

El concepto actual de “Bien Cultural” se empleó por primera vez en un documento oficial en el año 1954 en la “Convención para la protección de los bienes culturales en caso de conflicto armado” organizada por la UNESCO en La Haya. No es casual que después de la Segunda Guerra Mundial haya habido un interés especial por definir los símbolos de nuestra identidad cultural. A partir de ese momento, se ha seguido trabajando en la identificación de nuevas maneras de mirarnos a través de nuestros bienes culturales con declaratorias de distintas gradaciones y especificidades.

Otro hito que logró un avance en el desarrollo de estos conceptos, ampliando la mirada más allá de los bienes tangibles aislados de su entorno, fue el de la Commissione Franceschini que en 1967 definió el bien cultural como “todo bien que constituya un testimonio material dotado de valor de civilización”[17]. Pero fue la UNESCO la que dio un gran paso, en relación al tema de este trabajo, con la institución de la declaratoria de Patrimonio Mundial de la Humanidad en 1972.[18] Asimismo, se reguló su protección en la Convención sobre Protección del Patrimonio Mundial, Cultural y Natural. De este modo se relacionaron los bienes culturales a los naturales teniendo en cuenta que parte de la identidad cultural de los pueblos se forja a partir de la unión de estos conceptos[19].

[17] En 1964 el Parlamento italiano encargó a Francesco Franceschini crear una comisión para revisar el estado de situación jurídico de la administración cultural. Las conclusiones se redactaron en 1967 con el nombre de “Commissione Franceschini: Dichiarazione di principio”.

[18] Baldeón, Amelia, “Patrimonio Arqueológico y Museos. El Museo de Arqueología de Álava”, en MUNIBE, Antropología-Arkeologia, Vol. 57 N.º3. San Sebastián, 2005, p. 474.

[19] González- Varas, Ignacio, Conservación de Bienes Culturales, 3ª edición, Madrid, Ediciones Cátedra, pp. 46-47.

“Los sitios del patrimonio mundial pertenecen a todos los pueblos del mundo, independientemente del territorio en que estén localizados en cuya protección la comunidad internacional entera tiene el deber de cooperar. La Convención fomenta la cooperación entre los pueblos para proteger el patrimonio común a todas las naciones. Se genera así una suerte de solidaridad internacional que se traduce en una responsabilidad colectiva sobre los bienes patrimoniales de la humanidad”[20].

Queda claro que dentro de esta protección se incluyen las pirámides descritas por Heródoto y a casi nadie le cabe duda de esto, haya visto estos monumentos in situ o en fotos. Su entorno también está protegido no solo por el paisaje sino también por la perspectiva que pone en valor su monumentalidad. Asimismo, todos los detalles de planificación, de las formas, orientación y proporciones tienen un significado simbólico[21].

Si estas pirámides están ubicadas en un claro marco conceptual y legal, ¿dónde enmarcar al Laberinto?

Si se encontraran unas ruinas, que luego de ser científicamente estudiadas se determinara que son parte de lo que fue el Laberinto, entrarían a formar parte del Patrimonio Arqueológico que está claramente definido.

[20] UNESCO, Guías de actividades patrimoniales, Santiago de Chile, Ministerio de Educación y la Oficina Regional de Educación de la UNESCO para América Latina y el Caribe, Programa Patrimonio Educativo, 2009, p. 65.

[21] Giedion, p. 305.

El International Council on Monuments and Sites, ICOMOS, lo define en el artículo 1º de la Carta Internacional para la Gestión del Patrimonio Arqueológico, redactada en 1990, y dice

“El patrimonio arqueológico representa la parte de nuestro patrimonio material para la cual los métodos de la arqueología nos proporcionan la información básica. Engloba todas las huellas de la existencia del hombre y se refiere a los lugares donde se ha practicado cualquier tipo de actividad humana, a las estructuras y los vestigios abandonados de cualquier índole, tanto en la superficie, como enterrados, o bajo las aguas, así como al material relacionado con los mismos”[22].

Lamentablemente, hasta ahora este hallazgo no se ha producido. Se han encontrado estructuras similares en lugares cercanos, pero eso dista bastante de las descripciones herodotianas. El Laberinto, por ahora, existe como una construcción racional en el imaginario de las personas, como una leyenda con un gran magnetismo. Se lo sigue buscando y se han hecho hasta reconstrucciones virtuales del conjunto, pero la realidad es que actualmente es un campo abierto en las investigaciones científicas en la búsqueda de nuevos vestigios arqueológicos para conocer algo más acerca de nuestro pasado.

[22] ICOMOS, International Council on Monuments and Sites, Carta Internacional para la Gestión del Patrimonio Arqueológico, 1990, artículo 1º.

Conclusión

Heródoto era griego, pero admiraba a la cultura egipcia. Al comparar los monumentos griegos con los egipcios no ahorró palabras para describir lo que vio, oyó o le contaron. Él trató de conservar la memoria de los actos de los hombres describiendo las grandes obras públicas de los reyes egipcios que dejaron su huella concretando la construcción de grandes monumentos.

“De los demás reyes del catálogo decían que, no habiendo dejado monumento alguno, ninguna gloria ni esplendor quedaba de ellos en la posteridad,...”[23].

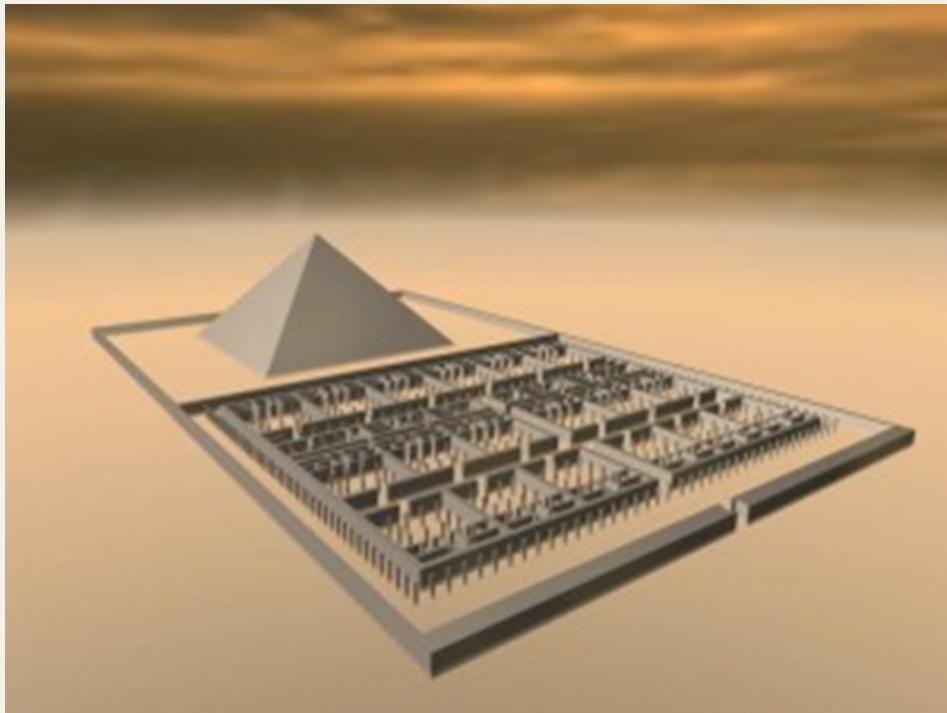
Él relató anécdotas, hizo digresiones, aportó datos históricos, pudo ver lo que era trascendente y lo transmitió en forma escrita de manera amena. ¿Se puede plantear que de algún modo fue un precursor de la novela histórica? También fue un adelantado al describir desde su espacio griego del saber estos dos conjuntos monumentales, uno de los cuales tiene el título más alto a nivel patrimonial: Patrimonio Mundial de la Humanidad.

Con respecto al conjunto del Laberinto y la laguna de Meris, Heródoto describió lo que vio y lo que no vio, convenciendo al lector a través de su prosa de las características excepcionales del mismo. A partir de ese relato se generan tres hipótesis: que el edificio haya existido realmente y que luego fue destruido, con lo cual podrían existir sus vestigios. La segunda hipótesis es que existió pero los datos que transmitió no son fidedignos y, por lo tanto, podría ser parte de estructuras actualmente encontradas en la zona donde se construyó y confundidas por él con otras. La tercera es que solo existió en la imaginación de Heródoto, hipótesis improbable por las descripciones posteriores existentes.

[23] Heródoto, p. 150.

Para acrecentar aún más el imaginario colectivo hay que tener en cuenta que mientras Heródoto recorría el Laberinto no le permitieron acceder a ciertos sectores:

“De las del primer piso, que anduve recorriendo, hablaré como testigo de vista; a las subterráneas sólo las conozco de oídas, pues los egipcios a cuyo cargo están se negaron siempre a enseñármelas, dándome por razón el hallarse abajo los sepulcros de los doce reyes fundadores y dueños del Laberinto;...”[24].



Reconstrucción hipotética del Laberinto de Hawara, según la descripción de Heródoto.

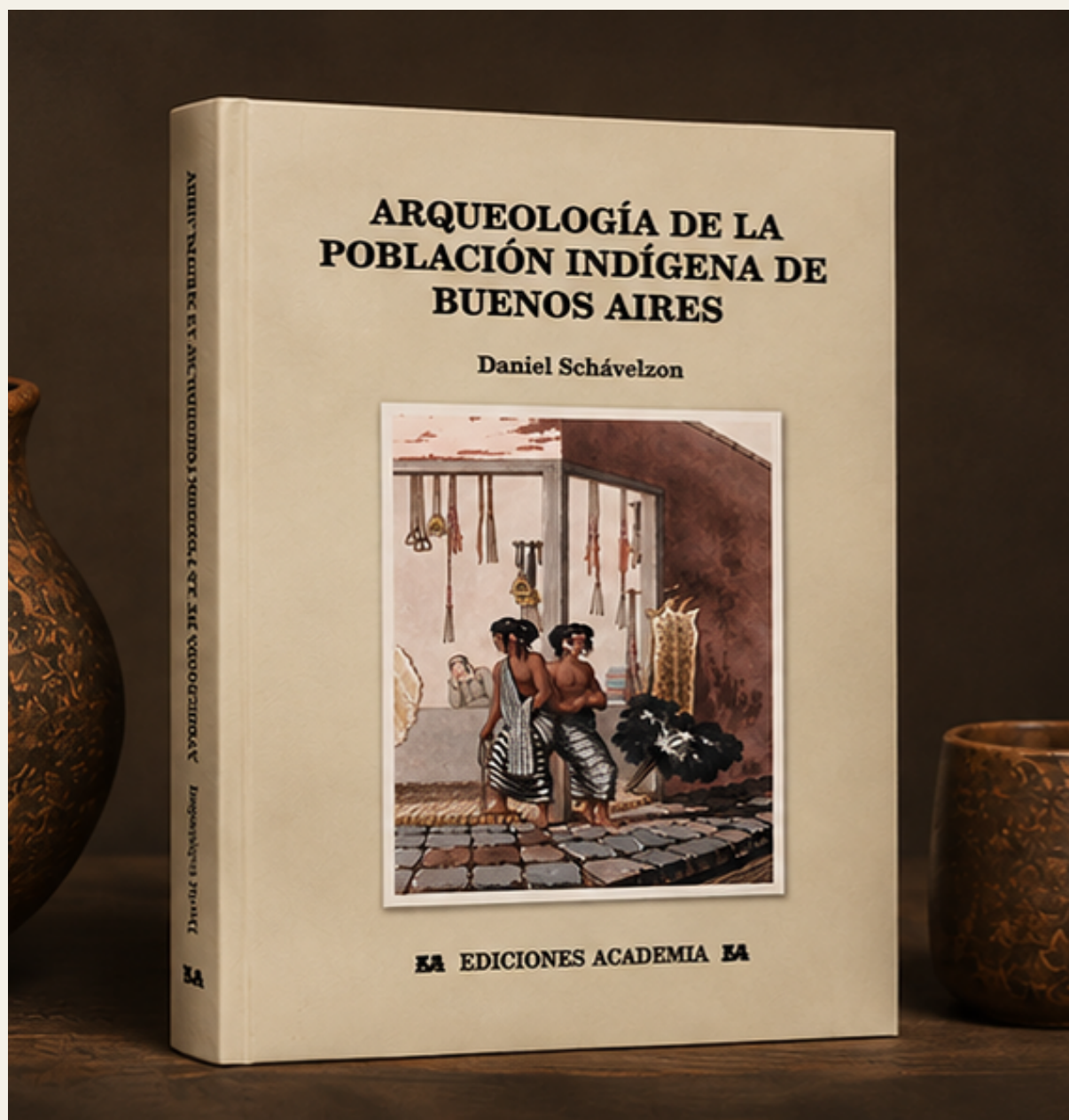
Imagen: Archaeological Rescue.

[24] Heródoto, p. 150.

Quizás Heródoto exageró con las descripciones del Laberinto para impresionar con sus relatos y creo que, si ese era su objetivo, realmente lo logró.

Como se plantea al principio del trabajo, la mirada de este viajero no fue tan distinta de la que tenemos ahora. No caben dudas de que nuestra cultura y percepción del concepto de Patrimonio Cultural se basan en la cultura griega y nosotros nos seguimos maravillando con los mismos monumentos que él describió en el siglo V a. C.

Libros



Daniel Schávelzon

Arqueología de la población indígena de Buenos Aires

Ediciones Academia, Buenos Aires, 2025

314 páginas · 21 × 14 cm

ISBN 978-631-01-0558-1

Reseña



Indios Pampa en una tienda en el mercado indio de Buenos Aires, ca. 1818.
Emeric Essex Vidal. Publicado en *Picturesque Illustrations of Buenos Ayres
and Monte Video*, 1820.

¿Qué había en Buenos Aires antes de que la historia comenzara a contarse desde la fundación española? Daniel Schávelzon vuelve sobre una pregunta que durante mucho tiempo permaneció en segundo plano: la presencia de las poblaciones indígenas en el territorio que hoy ocupa la ciudad.

A partir de décadas de excavaciones, objetos arqueológicos, documentos y evidencias dispersas, el autor reconstruye un problema que no resulta sencillo de resolver. La destrucción constante del subsuelo urbano ha borrado buena parte de los contextos originales, pero no consiguió hacer desaparecer por completo sus materiales. Cerámicas, instrumentos, restos constructivos y otros objetos permiten reconocer una presencia indígena mucho más compleja de lo que durante décadas sostuvo la historia tradicional.

Más que ofrecer respuestas definitivas, Schávelzon reúne evidencias y plantea nuevas preguntas. La arqueología aparece así como una herramienta para revisar la historia y recuperar presencias que fueron perdiendo visibilidad.

Relato



*Misterio en la
selva misionera*

*Relato basado en experiencias arqueológicas
en la provincia de Misiones, Argentina*

Capítulo II - El sendero

La mañana siguiente amaneció despejada. Había dormido poco, aunque durante buena parte de la noche estuve despierto, pensando en lo que Ernesto había dicho antes de entrar en la casa. Las ruinas quedaban del otro lado del monte. La frase parecía sencilla, pero cuanto más la pensaba, más difícil me resultaba imaginar qué significaba realmente. Desde el campo no se veía ningún camino, ninguna abertura entre los árboles, ninguna señal que indicara que alguien hubiera construido algo allí. Solo una pared compacta de vegetación que parecía extenderse mucho más allá de lo que alcanzaba la vista.

Cuando salí de la casa, Ernesto ya estaba despierto. Había preparado el mate y revisaba algunas herramientas sobre una mesa junto al galpón. El aire de la mañana era fresco y todavía quedaban pequeñas zonas de humedad sobre el pasto. A medida que avanzaba la luz, los sonidos de la selva empezaban a hacerse más claros y podían distinguirse pájaros, insectos y movimientos entre los árboles que durante la noche habían parecido formar un único ruido continuo.

Desayunamos rápidamente y comenzamos a preparar el equipo. Yo llevaba la cámara, la libreta de campo, una brújula, algunas herramientas básicas y varias bolsas para muestras, el machete, instrumento fundamental para hacernos caminos.

Había aprendido a no cargar demasiado durante los recorridos, pero después de tantos años trabajando con materiales arqueológicos siempre terminaba llevando algo que probablemente no utilizaría. Ernesto, en cambio, llevaba una mochila pequeña y su machete, improvisado pero afilado, aunque parecía confiar mucho más en conocer el terreno que en cualquier herramienta.

—¿Por dónde entramos? —pregunté mientras guardaba la libreta.

Ernesto señaló hacia el fondo del campo.

—Hay un sendero viejo. Si todavía se puede pasar, nos lleva bastante cerca. La respuesta me llamó la atención. Durante las reuniones previas al viaje nadie había hablado de un camino claramente definido. Solo habían mencionado que el acceso era complicado y que buena parte del terreno permanecía prácticamente cerrado por la vegetación.

Salimos por detrás de la casa poco después de las siete. Durante los primeros metros todavía podíamos ver el campo y la vivienda detrás de nosotros. El terreno era relativamente abierto y resultaba fácil avanzar, pero a medida que nos acercábamos al monte la vegetación comenzó a cerrarse. Ernesto caminaba delante, apartando algunas ramas y buscando los sectores donde el suelo parecía más firme. Yo intentaba prestar atención a las referencias del terreno, aunque rápidamente comprendí que sería difícil recordar el recorrido.

La selva tenía una manera particular de borrar las distancias. Los árboles formaban grupos muy parecidos entre sí y las pequeñas diferencias del terreno podían pasar desapercibidas. Una pendiente suave podía cambiar la dirección del recorrido y una zona de vegetación más clara podía desaparecer pocos metros después. Cuando miré hacia atrás, la casa ya no se veía y tampoco quedaba una referencia evidente del lugar por donde habíamos entrado.

Ernesto, en cambio, parecía conocer perfectamente el camino. No avanzaba con rapidez, pero tampoco dudaba. Cada tanto se detenía unos segundos, observaba el terreno y continuaba por una dirección que para mí parecía exactamente igual a cualquier otra. En algunos lugares había ramas cortadas y pequeñas marcas en los árboles. Otras veces simplemente cambiaba de dirección para evitar una zona de barro o una pendiente demasiado pronunciada.

Después de unos treinta minutos apareció la primera señal que llamó mi atención. Era una franja de suelo ligeramente más compacta que el resto. La vegetación crecía allí con menor intensidad y algunas piedras pequeñas sobresalían entre las hojas. A simple vista podía parecer solamente una zona donde el agua había modificado el terreno, pero la forma de la superficie continuaba hacia el interior del monte siguiendo una dirección bastante definida.

Me agaché para observarla. Había aprendido que en arqueología las primeras impresiones podían ser peligrosas. Una piedra aislada podía no significar absolutamente nada.

Una acumulación de piedras podía haber sido producida por causas naturales. Incluso una superficie aparentemente modificada podía tener una explicación mucho más reciente de la que uno imaginaba. En un sitio desconocido, antes de interpretar había que observar.

—¿Es por acá? —pregunté.

Ernesto miró el suelo y después señaló hacia adelante.

—Sí. Antes se veía mucho más.

Volví a mirar la franja de tierra. Resultaba difícil imaginar que alguna vez hubiera sido un camino utilizado con frecuencia. La vegetación había ocupado buena parte de su superficie y solamente quedaban algunas señales dispersas.

Anoté la ubicación aproximada y continuamos.

A partir de ese momento empecé a prestar más atención al suelo. Cada tanto aparecía alguna piedra parcialmente enterrada y, en determinados sectores, podían verse pequeñas alineaciones que desaparecían bajo las raíces. No eran suficientes para hablar de una estructura, pero resultaban llamativas por su distribución. Algunas parecían seguir la misma dirección que aquella primera franja de terreno y, aunque todavía no podía establecer ninguna relación entre ellas, comencé a pensar que quizá estábamos siguiendo un antiguo recorrido.

El camino se volvió más difícil después de la primera hora. La humedad aumentaba y el suelo estaba cubierto de hojas que escondían raíces y pequeñas depresiones. En algunos sectores el agua había formado canales que atravesaban el recorrido y obligaban a desviarse. Ernesto avanzaba con la misma tranquilidad de antes, como si cada obstáculo formara parte de un camino que conocía desde hacía muchos años.

La situación me hizo pensar en la cantidad de información que podía desaparecer en un ambiente como aquel. Una senda utilizada durante décadas podía quedar completamente cubierta en pocos años. Las raíces podían levantar piedras, la humedad podía modificar el suelo y la vegetación podía ocultar cualquier estructura hasta convertirla en una simple irregularidad del terreno.

Si las construcciones llevaban mucho tiempo abandonadas, probablemente la selva hubiera intervenido sobre ellas de una manera mucho más profunda de lo que habíamos imaginado desde Buenos Aires.

Llegamos a una pequeña elevación desde la que se podía observar una parte del monte. No había una vista amplia del paisaje, pero entre los árboles podía distinguirse a lo lejos una pequeña franja de luz que probablemente correspondía al campo. Me sorprendió la distancia. Habíamos caminado durante bastante tiempo y, sin embargo, desde allí la casa parecía encontrarse en otro lugar.

Nos detuvimos unos minutos. Ernesto preparó nuevamente el mate y yo aproveché para revisar las anotaciones que había hecho. Había registrado la dirección aproximada del recorrido, el tipo de suelo y algunas piedras que podían servir como referencia para el trabajo posterior.

—¿Vos venías por acá cuando eras chico? —pregunté.

—Sí. Con mi padre.

—¿Y ya sabían de las ruinas?

Ernesto miró hacia el monte antes de responder.

—Siempre se habló de ellas.

La respuesta me hizo recordar las conversaciones previas al viaje. Las historias locales aparecían una y otra vez, pero nunca de la misma manera. Algunos hablaban de construcciones relacionadas con los jesuitas; otros aseguraban que eran anteriores. También había quienes simplemente decían que allí había piedras viejas y que era mejor no meterse demasiado. Le pregunté a Ernesto si alguna de esas historias tenía algún fundamento. Se quedó unos segundos en silencio antes de responder que, con los años, cada persona había agregado algo diferente. Él mismo había visto las estructuras cuando era joven, aunque nunca había sabido quién las había construido. Según recordaba, ya entonces estaban cubiertas de vegetación y nadie parecía demasiado interesado en estudiarlas.

—¿Y por qué nunca se investigaron? —pregunté.

Ernesto se encogió de hombros.

—Porque estaban ahí y nadie sabía muy bien qué eran.

La respuesta me pareció demasiado sencilla. Sin embargo, cuanto más avanzábamos, más sentido empezaba a tener. Un lugar aislado, cubierto por el monte y alejado de los caminos principales podía desaparecer fácilmente de los registros. Bastaba con que quienes conocían su existencia no tuvieran interés en documentarlo y que quienes llegaran después no pudieran encontrarlo.

Después de la elevación el terreno comenzó a descender y la vegetación se volvió nuevamente más espesa. En algunos lugares tuvimos que avanzar lentamente para evitar las ramas y las raíces. El sendero aparecía y desaparecía debajo de las hojas, pero las pequeñas alineaciones de piedras continuaban. Cuanto más avanzábamos, más difícil me resultaba pensar que todas aquellas marcas fueran producto del azar.

En una zona particularmente húmeda encontré varios fragmentos pequeños de cerámica. Estaban dispersos sobre la superficie, mezclados con tierra y hojas. No levanté ninguno. Los fotografié en el lugar y anoté la posición aproximada antes de continuar. Eran fragmentos demasiado pequeños para permitir una identificación inmediata, pero su presencia cambiaba nuevamente la lectura del terreno. Ya no teníamos solamente una senda difícil de explicar y algunas piedras alineadas. Ahora aparecía también evidencia material de actividad humana.

Me quedé unos minutos observando el suelo.

Pensé en las reuniones que habíamos tenido antes del viaje y en aquella frase que había llamado mi atención desde el principio: no había documentación seria sobre las estructuras. En aquel momento había interpretado la falta de documentos como un problema histórico. Ahora empezaba a comprender que también podía ser un problema arqueológico. Si el lugar había permanecido oculto durante tanto tiempo, cada fragmento, cada modificación del terreno y cada piedra podían convertirse en una pieza necesaria para reconstruir una historia que no había quedado escrita en ninguna parte.

Continuamos durante un largo rato sin encontrar nada más. El calor había aumentado y la humedad hacía que la ropa se pegara al cuerpo. La mochila comenzaba a pesar y las botas estaban cubiertas de tierra. Sin embargo, el cansancio había quedado en segundo plano. El recorrido empezaba a adquirir otra dimensión. Ya no caminábamos simplemente hacia un punto señalado en un mapa. Estábamos siguiendo las huellas de quienes habían utilizado aquel lugar antes que nosotros. A media mañana el sendero volvió a hacerse más visible. El suelo estaba más despejado y las piedras aparecían con mayor frecuencia. Algunas eran pequeñas y completamente irregulares, pero otras tenían superficies planas y formas que llamaban la atención.

No quise tocarlas. Las fotografié y anoté su posición, intentando registrar todo antes de que cualquier intervención modificara el contexto.

Unos metros más adelante encontré una piedra mucho más grande, parcialmente cubierta por raíces. Tenía una forma casi rectangular y una de sus caras parecía haber sido trabajada. Me agaché para observarla con mayor atención. No podía determinar todavía si se trataba de una pieza constructiva o simplemente de una roca cuya forma había sido modificada por procesos naturales.

—¿Esto ya es parte de las ruinas? —pregunté.

Ernesto observó la piedra durante unos segundos.

—Todavía no lo sabemos.

Tenía razón.

La diferencia entre una sospecha y una evidencia podía ser enorme, especialmente en un lugar donde la naturaleza había alterado durante décadas cualquier rastro de ocupación.

La dejamos en su lugar y continuamos.

El terreno comenzó nuevamente a elevarse. La vegetación seguía siendo espesa, pero entre los árboles aparecían pequeñas zonas de luz que indicaban que algo estaba cambiando. El sendero se mantenía en la misma dirección y las piedras parecían aparecer con mayor frecuencia.

No había todavía ninguna construcción visible.

Pero ya no parecía necesario buscar el camino.

El camino nos estaba llevando hacia ellas.

Decidimos regresar antes de que oscureciera. Durante el recorrido de vuelta intenté reconocer las referencias que había observado durante la mañana. Las piedras, los árboles y las pequeñas pendientes parecían diferentes cuando se recorrían en sentido contrario y comprendí que, sin Ernesto, probablemente habría tenido serias dificultades para encontrar nuevamente el campo.

Cuando finalmente apareció la casa entre los árboles sentí cierto alivio. Dejé la mochila sobre la mesa y extendí las anotaciones. Había registrado el recorrido, las piedras, los fragmentos de cerámica y algunas características del terreno. Todavía no teníamos una estructura visible ni una explicación para el sitio. Pero el recorrido había confirmado algo que hasta entonces solamente podíamos suponer.

Había existido un camino.

Y ese camino parecía dirigirse hacia las construcciones.

Durante la tarde revisé nuevamente las fotografías. En algunas apenas se distinguían las piedras entre las hojas y las raíces. Otras mostraban pequeños cambios en el terreno que, vistos aisladamente, no significaban demasiado. Sin embargo, cuando las observaba en conjunto comenzaba a aparecer una dirección.

Cerré la libreta y salí nuevamente a la galería.

El monte estaba frente a mí, exactamente igual que el día anterior. La misma vegetación cerrada. Los mismos árboles. El mismo ruido constante de la selva. Pero algo había cambiado.

Ya no era una pared sin entrada.

Ahora sabía que detrás de ella existía un sendero.

Y al final de ese sendero estaban las ruinas.

Continuará...

Escultura



Magdalena penitente
Taller de Pedro de Mena
Segunda mitad del siglo XVII (ca. 1664-1680)
Madera tallada y policromada
Museu Frederic Marès, Barcelona

